

Un siglo de nombres de pila en Tlalnepantla de Baz. Estudio lexicológico y sociolingüístico. Yolanda Guillermina López Franco. México: Universidad Nacional Autónoma de México-Facultad de Estudios Acatlán/Universidad Nacional Autónoma de México-Dirección General de Asuntos del Personal Académico/Plaza & Valdés Editores, 2011. 361 págs.

La importancia de llamarse Ernesto, Juan Pablo, Jessica o Leidi Di

Érika Ehnis Duhne

CENTRO DE ENSEÑANZA DE LENGUAS EXTRANJERAS/
CENTRO DE ENSEÑANZA PARA EXTRANJEROS
UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO

Hay pocos elementos en nuestra realidad donde pueden converger tantos planos, como son los nombres propios. La onomástica es la rama de la lingüística que se ocupa de estos temas. Es apasionante enterarse que un momento aparentemente íntimo, individual o familiar, no es ni tan íntimo ni tan individual. Al analizar ese momento se observa que la elección del nombre de pila del recién nacido sigue una fuerte tradición antigua muy clara, condicionada por la cultura a la que pertenece ese núcleo familiar, por lo que los padres no habrán tenido tanta libertad como se pudiera suponer y demostrarán esto al llamar Juan Pablo o Jessica a su pequeño o pequeña.

Este es el tema del libro que se reseña aquí: *Un siglo de nombres de pila en Tlalnepantla de Baz. Estudio lexicológico y sociolingüístico*, escrito por Yolanda Guillermina López Franco, editado en 2011 en México por la Facultad de Estudios Superiores Acatlán y la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México y por Plaza y Valdés Editores.

Este libro es un estudio muy concienzudo acerca de los nombres de pila en México. La autora hace una larga investigación del comportamiento de la antropomía, la manera en que se denominan las personas en un lugar y tiempo reales. En ella, López Franco fija claramente sus objetivos, para lo que utiliza documentos reales sobre la manera en que se llaman las personas: los registros de las actas de nacimiento de la población. De este documento oficial no solo toma los nombres de pila (con toda la información que conllevan), sino también otros datos de la familia, que explotará más adelante en indagaciones acerca de la relación de la

familia (el proyecto parental), nacionalidad de los padres o abuelos (influencia de nombres extranjeros, de lenguas extranjeras o prehispánicas en el nombre de ese bebé, por ejemplo, porque es parte del patrimonio familiar), por mencionar algunos.

Un siglo de nombres de pila constituye, como lo indica el título de este libro, el corpus de trabajo de la investigadora mexicana. El muestreo se realizó cada cinco años, por lo que su análisis está basado en 6 000 actas de nacimiento, que se procesaron desde diversos ángulos. Por cuanto toca al lugar elegido como zona de estudio, se trata de una zona en el centro de la República Mexicana, en el Estado de México, que tiene características muy peculiares: ahora forma parte de la zona conurbada de la Ciudad de México, pero en su momento Tlalnepantla fue fundado por misioneros católicos en la época colonial, con el fin de evitar la rivalidad que había entre dos pueblos, uno nahua y el otro otomí, para lograr la evangelización y el control de los indios de esta zona. Ese es el origen del pueblo de Tlalnepantla entre los años 1554 y 1556, cuya etimología del náhuatl explica Fray Alonso de Molina: *Tlalnepantla*, de *tlalli* ‘tierra’ y *nepantla* ‘entre’.

La obra que nos ocupa está dividida en cuatro capítulos, perfectamente estructurados. La introducción y el primer capítulo contienen las ideas principales, en torno a las cuales girará la investigación. Abunda en referencias acerca de las áreas de la lingüística y de la sociología que hacen de este tema la materia de estudio del libro: entre otras la antroponomía y la socioantroponomía con sus subdisciplinas, como la onomástica, donde están contenidos los nombres de pila —expresión que se refiere a la pila bautismal de la iglesia—. También se describe el municipio de Tlalnepantla, lugar de donde tomó los documentos para formar su corpus, y da las bases acerca del tema de la onomástica para llevar a cabo el análisis de las “unidades léxicas” —López Franco prefiere omitir el vocablo “palabra” por su ambigüedad (*Op. cit.*, p. 25)—. El estudio lo lleva a cabo desde el punto de vista lexicológico, sociolingüístico y cognitivo. Da elementos básicos como el “núcleo duro” —que son muy pocos nombres como *Ana*, *Juana*, *María*; *José* y *Juan* en los varones—, las categorías y subcategorías en que están divididos, con amplios comentarios y muchos ejemplos. El segundo capítulo trata sobre la metodología que se siguió, el aspecto lingüístico de la onomástica y sus antropónimos. El tercero habla sobre el género y las lenguas de donde surgen los nombres; en el cuarto aborda su método de composición de las partes léxicas y la formación del corpus. Son abundantes sus referencias a estudios internacionales acerca de la antroponomía, onomástica y toponimia, lo que nos permite tener un

breve panorama de la situación de este tema en la lingüística de otros países, principalmente Francia, y de otros idiomas. Recordemos la comisión terminológica del International Council of Onomastic Sciences, en Europa el proyecto PATROM, los separata de la *Rivista Italiana di Onomastica*, entre otros. Se aprecia que estos temas van tomando interés con el paso de los años.

En este libro cada tema es analizado y desmenuzado con precisión impecable. Al final se incluye una bibliografía muy completa, un glosario de los términos más frecuentes en esta área de la lingüística aplicada y varios apéndices de listas de nombres propios, según sus clasificaciones. La búsqueda y consulta de ciertos nombres de pila que pudieran ser de nuestro interés se vuelven muy funcionales, ya que al final tiene un índice en orden alfabético de todas las piezas léxicas que fueron encontradas dentro del corpus. En dicho glosario vienen enlistados términos que podrían ser oscuros para algunos lectores, los cuales se explican, definen y ejemplifican de manera adecuada. Tal es el caso, solo a manera de ejemplo, de *epiceno* (nombre atribuido a mujer u hombre, como *Félix*), *hipocorístico* (la forma especial, normalmente de llamar a una persona —en la intimidad, de cariño, con formas que derivan del nombre pleno—, como *Ilselein*, *Ilsecita*, *Ilseota* o *Iche* a *Ilse*; o *Mac*, *Mag*, *Maggie*, *Garamar* o *Garamarcita* a *Margarita*) o *teóforo* (nombre de una deidad, como *Minerva*).

Entre los muchos temas que trata y analiza este estudio están: si la pieza léxica es simple (*María*) o compleja (*María Juana*) y qué tipo de combinación presenta; si tiene relaciones con la religión (advocaciones marianas o relacionadas con el calendario litúrgico); cuáles son los nombres bíblicos por excelencia; los elementos extralingüísticos (descrédito de nombres, como *Hernán* —por alusión al conquistador español— o *Alicia* —por el libro acerca de las drogas— o fama por actores o actrices de telenovelas y cantantes del momento que pueden incidir positiva o negativamente en su uso); las ocurrencias onomásticas varoniles y femeniles; la capacidad innovadora que se da, por cierto, más en el caso de portadores femeninos que masculinos, y los neologismos.

Una parte muy amplia se dedica a analizar los nombres según la lengua de origen. Aquí se enlistan algunos a manera de ejemplo (según el lugar que ocupa como lengua de importancia), por frecuencia de aparición:

Para mujeres:

Del inglés: *Jessica*, *Brenda*, *Cynthia*

Del francés: *Ivonne*, *Jacqueline*, *Stephanie*

Del italiano: *Bianca, Elda, Giovanna*

Del ruso: *Larissa, Olga, Tamara*

Del alemán: *Karla, Marlene, Mitzi*

Del árabe: *Aicha, Hannia, Nury*

En las preferencias de los varones se incluyen:

Del inglés: *Jonathan, Christian, Erick* (también sueco)

Del árabe: *Omar, Said/Sait, Aldahir*

Del ruso e italiano: *Iván, Pavel; Aldo, Giovanni*

Del francés: *René/Renato, Flavian*

Del sueco: *Erik, Axel, Olaf*

Esta sección termina con un amplio análisis de las demás lenguas de préstamo en los nombres en esta comunidad mexicana específica, entre ellas lenguas del Paraguay (*Anahí, Yara*), el euskera (*Estivalis*) y el turco (*Yamile, Yosep*).

Acerca de los nombres de pila precolombinos, hay varios que surgen de las diferentes lenguas de grupos indígenas en México. Es el caso del purépecha *Yuridia /Yuriria* o del náhuatl *Xóchitl, Xochiquetzalli, Tonanzin*.

El corpus que constituye esta investigación se armó con un muestreo de las actas del Registro Civil de Tlalnepantla, Estado de México. Fueron más de 6 000 actas tomadas en cuenta, como ya dijimos antes, pero el trabajo fue muy exhaustivo, ya que no solo se consideraron para analizar el/los nombre/s del recién nacido, sino mucha más información que arrojaron los datos asentados en el acta de nacimiento. Tal es el caso de la profesión de los padres —aunque la de la madre generalmente no es mencionada—, nombres de los padres y abuelos (gracias a esto se podía constatar que la atribución de ese nombre de pila del pequeño provenía de sus abuelos, por ejemplo), el lugar de nacimiento de los padres y abuelos.

En el material de trabajo en el que se apoyó esta investigación se detectó diferente composición de los libros de actas del Registro Civil. Así, desde 1901, año en que se inicia este estudio, hasta 1935, la redacción de los datos era de “forma corrida” como se le llamaba, esto es, el documento estaba manuscrito de forma continua en las hojas de los libros e incluía datos como el número de hijo que ese recién nacido tenía dentro de la familia (el número de hermanos y el orden), si era hijo “legítimo” o “natural” y si los padres estaban casados “civilmente” o “ecle-

siásticamente” (*Op. cit.* p. 42) —esta referencia se debe a que fue la época de la Guerra cristera, que se llevó a cabo entre 1926 y 1929 en México—. También se anotaba el nombre de los abuelos —aunque no siempre en el caso de los hijos “naturales”—, y si vivían o eran ya “finados”. Desde principios de siglo es muy dominante el nombre de pila del bebé en relación al portado por el santo el día en que nació. Para ello se utilizó en este estudio la referencia del *Calendario del más antiguo Galván*, que era muy prestigioso en ese entonces en México; en él estaba anotado puntualmente el santoral de cada día.

A partir de 1940 el formato y la información del acta de nacimiento varía. Ya es solo un acta que se pone en una hoja del libro de actas; existen dos actas por foja. Se incorporan nuevos datos, como la raza —casi todos eran declarados ser “mestizos”— y la religión.

De 1935 a 1945 los cambios son muchos porque, básicamente, no se anota sistemáticamente el lugar de nacimiento de los padres, pero cuando se anota, inclusive se distingue entre “lugar de origen” y “vecindad”, que es el lugar donde radican en el momento del nacimiento del menor. El hecho de que tampoco se marque el número de hijo que tiene en esa familia tendrá consecuencias graves, ya que no se podrá rastrear cuántos de estos eran los primogénitos, que deben tener relación con la transmisión de nombres del patrimonio familiar (y de las herencias). Ya se empiezan a escribir los dos apellidos de todas las personas. En estos años se detecta que hay mucha población analfabeta, porque estampa su huella digital en vez de su firma.

En 1955 hay un cambio en la caligrafía de la letra manuscrita. Además los escribanos añaden en ocasiones una abreviación de *M* de *María* o una *J* de *José* antes de los nombres, para marcar si ese bebé era dama o varón. Esto trajo alteraciones muy graves, ya que en casos como *M. Virginia* no se sabía si el nombre completo incluía *María*, o solo era la marca que el escribano le puso. En el caso de hombres piénsese en *J. Carlos*: no se sabía si era *José Carlos* o solo el último nombre. Hay anotaciones en el margen de algunas actas, que rectifican estos errores (probablemente eran casos de individuos para poder recibir su herencia). A partir de ese año empiezan a aparecer las profesiones de algunas madres (“obrero”, “reparadora de medias”).

Por 1965, la aparición del nombre de un bebé con los apellidos de la madre se debía a que era hijo de madre soltera. En algunas ocasiones el hijo es reconocido posteriormente, en cuyo caso se pone una nota de rectificación en el acta.

A partir de 1970 desaparece la marca de “legitimidad”, lo que demuestra un cambio de ideas muy grande en esa comunidad.

A partir de 1979 unas cuantas actas se empiezan a mecanografiar y todas, a partir del año siguiente. Aquí aparecen varios errores, ya que estos documentos se escriben con letra mayúscula, lo que hace que se omita la tilde —porque en ese entonces la máquina de escribir mecánica no tenía espacio para incluirla—, y provoca pérdida de información en algunos casos (no se pudo saber si los pobladores seguían respetando la forma canónica del nombre ni qué cambios sufrían los préstamos de nombres del extranjero, si originariamente o con adaptaciones al español), entre otros.

Otra gran omisión que se aprecia a partir de 1988 es que no se anota el lugar específico de nacimiento de los padres y abuelos, y se cambia por la nacionalidad. Otras graves omisiones son el número de hijo que el recién nacido ocupa dentro de la estructura de la familia y la profesión de los padres (hecho que daba una pista para sospechar el nivel socioeconómico y cultural de ese núcleo familiar). Se incluyen otras anotaciones, como número de registro del certificado de nacimiento o de la Cartilla de vacunación. A partir de 1995 ya tienen un espacio específico el apellido paterno y el materno.

Todos estos cambios en el formato del acta de nacimiento, que es la materia prima del análisis de estos nombres propios durante un siglo, obviamente verterán más luz o menos para comprender el porqué de la asignación de ese nombre a ese individuo por parte de sus padres. Los datos que se obtuvieron para el análisis del corpus fueron de dos tipos: el lexicológico, esto es, concretamente el estudio de la pieza léxica, y el sociolingüístico, que se obtuvo comparando los nombres del recién nacido con los de los padres y abuelos, para observar si había o no transmisión del patrimonio nominal de esa familia. En general están documentadas todas las apariciones, frecuencias, combinaciones, adaptaciones y yuxtaposiciones de los nombres de pila.

En referencia a los nombres de personas, en el título de esta reseña hacemos alusión a la obra de teatro cómica del dublinés Oscar Wilde que se llama *The importance of being Earnest*, en la que Wilde juega tanto con el significado del verbo *to be* (‘ser’, ‘llamarse’) como con el nombre *Ernesto*, que en inglés es palabra homófona de *earnest* (‘ser honesto, franco, noble’). En español se ha traducido como *La importancia de llamarse Ernesto*, o *La importancia de ser Severo* —como lo traduciría Alfonso Reyes— u *Honesto*, o en catalán *Frank*,

refiriéndose al sentido de ‘franco’, ‘honesto’. Son estas características intrínsecas al nombre de *Ernesto* las que establecen una relación con el libro del que ahora hablamos. Ello nos hace pensar que el portador de un nombre, de alguna manera —o de todas las maneras posibles— está relacionado con las características o los atributos del nombre que recibió de sus padres al nacer.

Con referencia a las características del nombre (pieza léxica) que se transfieren al individuo, además de *Ernesto*, veamos otros dos casos: 1) En México, un nombre muy común es el compuesto *Juan Pablo* —formado por dos unidades léxicas simples— lo que claramente apunta a las cinco visitas (de 1979 a 2001) del Papa Juan Pablo II a México como cabeza de la Iglesia católica, y cuya adopción expone el deseo de que ese hijo varón se parezca a él o que de alguna manera reciba su protección. También se podría interpretar como un homenaje al Santo Pontífice. 2) *Jessica* o *Leidi Di* son apelativos femeninos que surgieron por influencia extranjera. El primero es por ser un nombre original, con escritura diferente y pronunciación aún más peculiar para el español; el segundo desde luego se refiere a la princesa Lady Diana, casada con el príncipe de Gales en Inglaterra, cuya boda causó mucho impacto en México. Todos estos casos están tratados en el amplio estudio antroponímico.

En conclusión, y a manera de valoración de esta investigación: a pesar de ser tan vasta y de haber llevado tantos años su desarrollo, Yolanda López Franco se queda corta con nosotros, sus lectores, porque aún quedan muchos temas que merecen ser rastreados y abordados con la constancia y el ojo científico que ella ha demostrado tener. Esperamos que encuentre la motivación y el apoyo para continuar.

Es muy acertado el hecho de que se haya publicado esta investigación completa —con los análisis cualitativos y cuantitativos, además de los apéndices—, ya que viene a enriquecer las filas de los estudios de lingüística en México con el rigor necesario. Pero queda en deuda la autora con la población en general para publicar uno o varios artículos del meollo de estos temas, para hacerlos accesibles a todos, de manera que los ciudadanos vayan tomando conciencia de la importancia del estudio y conocimiento de la lengua en su vida cotidiana.

Para terminar, es incuestionable la importancia de un estudio lingüístico de esta naturaleza en México, país que tiene tantas carencias en esta área, pues este tema de la onomástica es muy rico y supone un mosaico donde convergen de manera natural los planos lingüístico y social:

- la realidad sociolingüística del individuo
- el plano emocional de la familia
- el plano social de la comunidad a la que pertenece esa familia
- el plano temporal de ese individuo, marcado por las características de ese segmento de tiempo: sus interacciones, modas, influencias de su medio o del extranjero, entre otros
- el proyecto parental hacia ese bebé recién nacido

Todos estos elementos hacen que sea un estudio de lingüística invaluable, tanto por la rigurosa metodología con la que está elaborado, como por los claros resultados que ofrece. Por ello no es de extrañar que Luis Fernando Lara, de El Colegio de México, haya aceptado escribir el prólogo de esta obra.

La habilidad de la autora para describir su investigación con claridad y transparencia, a pesar de tratarse de un tema sumamente complejo en el que confluyen muchos elementos, prueba que además de ser una meticulosa investigadora es una excelente pedagoga.

Esta investigación merece ser reconocida, por un lado, por la seriedad con que está escrita y por el otro, por la cantidad de información que revela sobre nuestra realidad, incluso para aquellos que no son lingüistas.